



hijo de Orestes, fué el último emperador reconocido en Roma, é inmediatamente fué desposeido por Odoacro, rey de los hérulos. Estos eran pueblos venidos del Ponto Euxino, cuya dominacion no fué larga. En Oriente, el emperador Zenon acometió la empresa de distinguirse de un modo desconocido. Fué el primero entre los emperadores que se mezcló en arreglar las cuestiones de la fe. Mientras que los sentimientos arrianos se oponian al concilio de Calcedonia, él publicó contra el concilio su Henótico, es decir, su decreto de union, detestado por los católicos y condenado por el papa Félix III.

Roma se engañaba, dice Cantú, al creer que sus águilas tenian apresado el Universo; si no pudo oír el silencioso, y uniforme movimiento de la India y de la China, destinadas á sobrevivirla; si creyó subyugadas el Asia y el Africa, cuando los reyes de Alejandria y de Palmira pasaron encadenados por la Via Sacra, á lo ménos la embriaguez de los triunfos y el obscuro tumulto de las bacanales no debieron impedirle que oyese los pasos de los pueblos del Oriente y del Septentrion, impulsados los unos por los otros, y por una fuerza sobrenatural, para saquear á la depredacion del Universo.

En el Mediodia, los beréberes, los gétulos y los moros hacen retroceder hácia las costas á los romanos; en Oriente, los sasanidas restablecen el poder de Persia y amenazan con renovar los dias de Jerjes; los germanos encuentran otros arminios que los conduzcan á los Alpes; los escandinavos dan muerte en una batalla á Valente, como los persas habian muerto á Juliano; las provincias, cansadas del yugo fiscal, aceptan como libertadores á los conquistadores nuevos; tambien los ugoro-fineses y la ignorada Tartaria quieren tomar parte en los despojos; y los hermanos de los que combatieron el imperio chino vienen á incendiar las ciudades del Adriático y á morir en los campos de Chalons.

En vano trató Constantino de rejuvenecer la monarquía: el pueblo estaba gastado por la antigua prosperidad y por las nuevas desventuras. Entre los hombres inmensamente ricos y los innumerables pobres, habia desaparecido

la clase media, depositaria de las virtudes ciudadanas y de la igualdad social; las creencias religiosas discordaban de las instituciones civiles, y al paso que la legislacion era católica, la administracion se conservaba pagana, identificando al Estado con el soberano, el cual, teniendo un poder ilimitado, ó con su depravacion corrompia á los pueblos; ó turbaba la fé con disputas continuas. El ejército, en las guerras civiles, obediente en un principio á la república, sublevado despues contra ella, y luego sentado en el trono de los Césares, queria ahora disponer de ellos; y Roma, engrandecida por la fuerza, sucumbe tambien por ella. Roma, constituida sobre la obediencia, perece tambien, porque la exagera. Las instituciones eran grandiosas; pero se hallaba ahogada la conciencia; y ofuscada esta, aunque aquellas duraron, encontróse arruinada la sociedad. Los últimos emperadores, avergonzados de lo pasado, temerosos del porvenir, se aturden en el presente entre asiáticos deleites; su corona parece la guimalda de que se adorna á la víctima destinada al sacrificio; y su nulidad acelera en Occidente la caída del imperio, mientras que la posicion topográfica deja en salvo por mucho tiempo todavía al de Oriente.

Constantinopla, en medio de su languidez, llegó á tiempo para despojar de su natural rudeza á los pueblos bárbaros limítrofes; dió á los godos el alfabeto modificado por Ulfila, y el mejor rey en la persona de Teodorico; hizo brillar la luz de la verdad entre los rusos y búlgaros, y con el código de Justiniano impidió que pereciese tanta práctica sabiduría romana, conservándola para que modificase las futuras legislaciones.

Del choque del Oriente con el Occidente y con el Septentrion, del cristianismo con el judaismo, y con la barbarie, salieron mal paradas las formas, pero se ganó en cuanto al fondo; decayeron unos pocos privilegiados, pero la humanidad surgió poderosa; y en tanto que la ciudad romana se hundia desmoronada, proclamábase la victoria de la ciudad de Dios con una doctrina sublime aprendida sobre las rodillas de la madre, con la libertad establecida sin revoluciones, como que se fundaba en la



rectitud del pensamiento y en la pureza de las costumbres.

Desde aquella época se ve marchar el progreso por una senda recta y lógica, encarnándose la doctrina del cristianismo en las creencias, en las ideas, en las artes y en las costumbres. ¿Quién diria que hasta las herejías sirvieron para propagar la civilizacion? Los maniqueos penetran hasta en la India, el Tibet y la China, donde contribuyen á la aparicion del último Buddha y al establecimiento de la religion de los Lamas, que hoy cuenta con tantos adoradores como el cristianismo.

Los nestorianos fundan en Edesa la primera universidad cristiana, desde la cual difunden las letras sirias por la Mesopotamia, Fenicia y Persia, y enseñan el uso de las vocales á los árabes, y vertiendo á su idioma las obras griegas, que la Europa recibirá despues por mediacion de aquellos.

Da principio en esta época la Edad media, edad grande en la historia de la vida humana por dos superiores y altísimos fines, cuales son: el triunfo de la religion y el imperio del orden moral, mezclados ciertamente entre rudeza y batallar constante, que nublan en algunos momentos el concierto de la vida.

Aquel imperio asentado en las orillas del Tiber, que extendiéndose desde el mar Cantábrico hasta el mar Negro, desde los Alpes y Carpatos hasta el Nilo, habia reducido á su dominio á Cartago, Iberia, Grecia y Macedonia, Siria, el Oriente y Egipto, quedó al fin reducido á sólo Italia, sobreviviendo lánguidamente, en la serie de ocho débiles emperadores, durante veinte años de triste y débil agonía.

Rómulo Augústulo, el último de los emperadores, ayudado de los hérulos, rugios y turcilingos, tomó la direccion de un estado ya caduco; la menor señal basta á los hérulos, conducidos por Odoacro, antiguo ministro de Atila para lanzarse sobre Orestes y Rómulo Augústulo, y cae bajo el impetuoso vigor del brazo de los hérulos aquella sombra de imperio y de corona, que se cernia como juguete de

los vicios sobre la frente de Augústulo, poniéndole fin á dos dias del imperio romano el 28 de Agosto del 476.

De las ruinas del imperio de Occidente, nacieron: el reino de los ostrogodos y lombardos en Italia, el de los visigodos en España, el de los francos y borgoñones en la Gália y Alemania, y el de los sajones en la Gran Bretaña, cuya historia, con la de la raza árabe, é imperio de Oriente, constituyen la Edad media.

Así acabó aquel gran imperio de Occidente, consumido por su degradacion y tiranía, ofreciéndose en este periodo clara y visiblemente la accion de la Providencia; que resucita pueblos vírgenes, inspirados en las grandes ideas de la religion y de la libertad, para aniquilar bajo su planta el gérmen del despotismo y de la corrupcion de Roma.

Cuatro pueblos, los hérulos, los ostrogodos, los griegos y los lombardos, dominaron el suelo de Italia desde el 476 hasta el imperio de Carlos Magno; breves años imperan los hérulos, á quienes suceden los ostrogodos, vencedores de Odoacro en Verona.

Teodorico I, al frente de los ostrogodos, dirige los restos del imperio de Occidente con tino y prudencia, ayudado de Simaco, Boecio y Casiodoro; mas los crímenes y disturbios perpetrados en los tiempos de Athalarico, Teodato, Vitiges, Totila y Tecas, hicieron decaer el imperio de los ostrogodos, el cual no pudo resistir á los constantes esfuerzos de Belisario y Narsés.

Segue en Italia por breve tiempo la dominacion de los griegos de Oriente, fijando su capital en Rávena; mas el mismo vencedor Narsés, resentido con Sofia, emperatriz viuda de Justino II, llama á los lombardos, quienes al frente del valeroso Albuino, franquean los Alpes y fundan el reino de Lombardia.

Fueron bien presto los hérulos, dice Bossuet, echados de Roma por Theodorico, rey de los ostrogodos, que es lo mismo que godos orientales, el cual fundó el reino de Italia, y aunque arriano, dejó á la religion católica bastante libertad de ejercitarse. Turbábala en Oriente el emperador Anastasio, que siguió los pasos de Zenon, su predecesor, y apoyó los herejes.

Años
despues de
J.-C.
476 á 622

EPOCA OCTAVA
Los bárbaros



Enagenó con esto los ánimos de sus vasallos, y jamás pudo ganarlos, ni aun aliviándolos de pesadas imposiciones. Italia obedecía á Theodorico, y los hérulos fueron precisados á abandonar todo. A más de la Italia, poseía también Theodorico la Provenza, y el resto de la Italia.

En su tiempo, San Benito, retirado en un desierto de Italia, comenzaba desde sus más tiernos años á practicar las máximas santas, de que compuso aquella regla admirable, que los monjes de Occidente recibieron con el mismo respeto que tienen los de Oriente á la de San Basilio. Acabaron los romanos de perder las Gálias por las victorias de Clodoveo, hijo de Childerico. También ganó contra los alemanes la batalla de Tolbiac, por el voto que hizo de abrazar la religión cristiana, á que no cesaba de inclinarse su mujer Clótilde. Era esta de la casa de los reyes de Borgoña, y celosa católica, aunque de familia y de nación arriana. Instruido Clodoveo por San Vedasto, fué bautizado en Reims con sus franceses por San Remigio, obispo de aquella antigua metrópoli. Sólo el, entre todos los príncipes del mundo, mantuvo la religión católica, y mereció el título de *Cristianísimo* para sus sucesores. Por la batalla, en que de su propia mano mató á Alarico, rey de los visigodos, fueron unidas á su reino Tolosa y Aquitania. Pero la victoria de los ostrogodos le impidió el ocuparlo todo hasta los Pirineos; mas el fin de su reinado oscureció la gloria de sus principios. Dividieron el reino sus cuatro hijos, y no cesaron de inquietarse los unos á los otros. Anastasio murió herido de un rayo. Justino, de bajo nacimiento, pero hábil y muy católico, fué hecho emperador por el senado. Sujetóse con todo su pueblo á los decretos del papa San Hormidas, y puso fin á las turbaciones de la Iglesia de Oriente. En su tiempo Boecio, hombre no ménos célebre por su doctrina que por su nacimiento, y Simaco, su suegro, elevados ambos á los cargos más eminentes, fueron sacrificados á los celos de Theodorico, que sospechó sin motivo conspiraban contra el estado. Asombrado el rey de su delicto, creyó ver la cabeza de Simaco en un plato que se le servía, y murió algún tiempo después. Amalasia su hija, y madre de Atalarico, que subía

al trono por la muerte de su abuelo, fué impedida por los godos de hacer instruir al joven príncipe como su nacimiento merecía; y precisada á abandonarle á gentes de su edad, ve que se pierde sin poder remediarlo. Murió Justino el año siguiente despues de haber elegido por compañero en el imperio á Justiniano, su sobrino, cuyo largo reinado se ha hecho célebre por las fatigas de Triboniano, compilador del derecho romano, y por las hazañas de Belisario y del eunuco Narsés. Estos dos famosos capitanes reprimieron los persas, deshicieron los ostrogodos y los vándalos, y restauraron á su señor el Africa, la Italia y Roma; pero celoso el emperador de sus glorias, sin querer tener parte en sus fatigas, más los embarazaba que los asistía. Ibase aumentando el reino de Francia. Despues de una larga guerra, Childerico y Clotario, hijos de Clodoveo, conquistaron el reino de Borgoña, y sacrificaron al mismo tiempo á su ambicion los hijos menores de su hermano Clodomiro, cuyo reino partieron entre sí.

Algún tiempo despues, y en tanto que Belisario atacaba tan vivamente los ostrogodos, lo que estos poseían en las Gálias quedó abandonado á los franceses. Extendiase entonces mucho la Francia en la otra parte del Rin; pero los repartimientos de los príncipes, que formaban otros tantos reinos, le impedían reunirse bajo una misma dominacion. Fueron sus principales partes la Neustria, que es la Francia Oriental, y la Austrasia, que es la Occidental. El mismo año que Roma fué recobrada por Narsés, dispuso Justiniano tener en Constantinopla el quinto concilio general, que confirmó los precedentes y condenó algunos escritos favorables á Nestorio. Llamábanse estos los *Tres Capítulos*, á causa de tres autores muertos largo tiempo antes, de los cuales entonces se trataba. Fué condenada la Memoria y los escritos de Teodoro, obispo de Mopsuesto, y una carta de Ibas, obispo de Edessa, y de los escritos de Teodoro los que habia compuesto contra San Cirilo. Fueron también reprobados los de Orígenes, que turbaban todo el Oriente un siglo habia. Este concilio, comenzado con malos designios, tuvo una feliz conclusion y fué recí-



bido de la Santa Sede, que desde el principio se habia opuesto á él. Dos años despues del concilio, Narsés, que habia quitado la Italia á los godos, la defendió de los franceses, y obtuvo una cumplida victoria contra Bucelino, general de las tropas de Austrasia. Con todas estas ventajas, no duró mucho la Italia á los emperadores. Bajo Justiniano II, sobrino de Justiniano, y despues de la muerte de Narsés, fué el reino de Lombardia fundado por Alboino. Tomó á Milán y á Pavia; apenas se salvaron de sus manos Roma y Rávena, y los lombardos hicieron padecer á los romanos los mayores trabajos. Fué Roma mal socorrida de sus emperadores, á quienes los avars, nacion seítica; los sarracenos, pueblos de Arabia, y más que todos los persas, por todos los lados atormentaban en el Oriente. Justino, que sólo á sus dictámenes y á sus pasiones daba crédito, fué siempre derrotado por los persas y por su rey Chosroas, y tal fué su turbacion por tantas pérdidas, que le causó también la del juicio. Sofia, su mujer, sostuvo el imperio. El desgraciado príncipe recobró muy tarde su razon y conoció al morir la malicia de sus lisonjeros. Despues de él, Tiberio II, á quien habia nombrado emperador, reprimió los enemigos, alivió los pueblos y se enriqueció con las limosnas que distribuía. Las victorias de Mauricio Capadocio, general de sus ejércitos, hicieron morir de pesar al soberbio Chosroas, y fueron recompensadas con el imperio y con su hija Constantina, que le dió al morir. En este tiempo, la ambiciosa Fredegunda, mujer del rey Chilperico I, introducía en Francia un general incendio y no cesaba de excitar guerras crueles entre los reyes franceses. En medio de las desgracias de Italia, y hallándose Roma afligida de una peste espantosa, fué San Gregorio el Grande exaltado, á su pesar, á la silla de San Pedro. Aplaca este gran papa la peste con sus oraciones; instruye los emperadores, y juntamente les hace dar la obediencia que se les debe; consueta á Africa y la fortifica; confirma en España á los visigodos convertidos del arrianismo, y al católico Recaredo que acababa de entrar en el gremio de la Iglesia; convierte la Inglaterra, reforma la disciplina

en la Francia, á cuyos reyes, siempre ortodoxos, exalta sobre todos los demás de la tierra; templa el furor de los lombardos, salva á Roma y á Italia, incapaz de ser socorrida de los emperadores; reprime el recien nacido orgullo de los patriarcas de Constantinopla; ilustra toda la Iglesia con su doctrina; gobierna el Oriente y Occidente con no ménos vigor que humildad; y da al mundo un perfecto modelo del gobierno eclesiástico. No tiene la historia de la Iglesia cosa más bella que la entrada del santo monje Agustino en el reino de Kent con sus cuarenta compañeros, que, precedidos de la cruz, hacían votos solemnes por la conversion de Inglaterra (1). San Gregorio, que los habia enviado, los instrua con cartas verdaderamente apostólicas, y enseñaba á San Agustín á temblar entre los continuos milagros que obraba Dios por su ministerio (2). Berta, princesa de Francia, atrajo al cristianismo el rey Ediberto su marido.

Los reyes de Francia y la reina Brunequilda protegieron la nueva mision. Los obispos de Francia entraron en esta buena obra, y consagraron de orden del papa á San Agustín. El refuerzo que San Gregorio envió al nuevo obispo produjo nuevos frutos, y tomó forma la Iglesia anglicana. Habiendo experimentado el emperador Mauricio la fidelidad de San Gregorio, se corrigió por sus amonestaciones, y recibió de él aquella alabanza tan digna de un príncipe cristiano: que en su tiempo los herejes no osaban despegar sus labios. Este emperador tan piadoso cometió, no obstante, un gran yerro. Pereció un infinito número de romanos entre las manos de los bárbaros, por no haberlos rescatado á escudo por cada uno. Véanse luego despues los remordimientos del buen emperador; la súplica que hace á Dios de castigarle en este y no en el otro mundo; la rebelion de Focas, que á su vista mata á toda su familia; Mauricio, muerto el último, sin decir más entre todos sus males que este verso del Psalmista: *Vos sois infinito, oh Señor! y todos*

(1) Beda, *Hist. Angl.*, lib. I, c. XXV.
 (2) Greg., lib. IX, ep. LVIII; *nunc* lib. XI, ind. 4, ep. XXVIII, t. II, col. 1, 110.



vuestrós juicios, son rectos (1). Elevado Focas al imperio por una acción tan detestable, procuró ganar los pueblos honrando la Santa Sede, cuyos privilegios confirmó. Pero ya estaba pronunciada su sentencia. Heraclio, proclamado emperador por el ejército de Africa, marchó contra él. Entonces experimentó Focas que ordinariamente las disoluciones dañan más á los príncipes que las crueldades, porque Fotino, cuya mujer había violado, le entregó á Heraclio, que hizo matarle. Vió un poco después la Francia una más extraordinaria tragedia. Entregada la reina Brunequilda á Clotario II, fué sacrificada á la ambición de este príncipe, abominada su memoria, y su virtud tan alabada del papa San Gregorio, aún tiene dificultad en defenderse. Estaba entre tanto asolado el imperio. El rey de Persia Chosroas II, con el pretexto de vengar á Mauricio, había emprendido la ruina de Focas. Adelantó sus conquistas en tiempo de Heraclio. Vióse el emperador derrotado, y la verdadera cruz arrebatada de los infieles; después, con una maravillosa alternación, Heraclio cinco veces vencedor, la Persia penetrada de los romanos, Chosroas muerto de su hijo, y recobrada la Santa Cruz. Así es como por diversa senda vuelven á emprender su carrera el Oriente y el Occidente: el primero se enerva cada vez más, mientras conserva en depósito la antigüedad y las tradiciones asiáticas; y en el segundo, los bárbaros destruyen el edificio de los siglos y borran hasta el nombre del romano imperio. Aquella pasión de independéncia, que no sufre nada fijo, nada duradero, nada obligatorio, no podía cimentar convenientemente ninguna sociedad, por lo cual puede decirse que la misión de los bárbaros se limitaba á destruir; pero nótese que entre ellos se conservaba ileso el instinto de libertad, que en Roma había sido sofocado por las instituciones.

Bárbaro era el hombre, mas no tan corrompido como entre las gentes civilizadas que habían abusado de todas las doctrinas y de todos los goces; ni su brutalidad era tan deshonorosa como la refinada disolución de Roma. Aquellos

(1) Psalm. CXVIII. III, 1. 69. II, 3. XIV, 22. 49.

vigorosos caracteres, que no sabían obedecer, sabían sin embargo sacrificarse, y conservaban además una chispa de aquel sentimiento de honor, desconocido de la antigüedad, y del cual iba en lo sucesivo á valerse el cristianismo para formar la conciencia é instituir la obediencia racional. Por tanto, los bárbaros regeneraban por medio de la fuerza las desencaminadas poblaciones, al paso que el amor inermemente las asociaba; que si alguna vez aparece materialmente en la Historia el *orden visible de la Providencia*, nunca campea con más claridad que en aquella época, en que redundaron en provecho de la humanidad increíbles desventuras. Alzábase sobre aquel caos de sangre y de ruinas un espíritu superior á todas las vicisitudes; y al paso que los bárbaros extendían sus conquistas, venían ellos mismos á ser conquistados para la Cruz, esto es, para la civilización; las naciones, aventadas, digámoslo así, por la violencia de las armas, se reunían bajo la influencia de la cosa más libre del mundo: el sentimiento religioso. Donde quiera que el signo de la católica unidad apareció impreso, el Asia perdió la esperanza de prevalecer sólidamente. El cisma religioso pareció consolidar la separación del Oriente y Occidente: Francia, Inglaterra, España, Alemania é Italia, fundaron nuevos Estados y sacaron de las regiones septentrionales un elemento desconocido del mundo asiático, la libertad personal que los vencidos supieron conquistarse, cuando, pasado apenas el tumulto de la invasión, les fué dado mirar cara á cara á sus vencedores. Con los longobardos concluye aquella emigración de los pueblos septentrionales, que duraba por espacio de siglos, y ellos mismos comenzaron á rechazar las hordas guerreras, oponiéndoles los muros de nuevas ciudades bajo la tutela de la Cruz. La civilización vencida ejerce su reacción sobre los vencedores civilizándolos. La conversión procedente del Mediodía marcha hácia el Septentrion, difundiendo entre las armas ideas de paz, de orden y caridad, y enseñoreándose del poder por el medio más legítimo: la inteligencia. Las ventajas producidas por la invasión de los pueblos del Norte, son visibles hasta para



los más cortos de vista, comparando la desoladora monotonía y el lento agonizar del imperio de Oriente con la resucitada civilización de Europa, donde lo antiguo se mezcla y encuentra en disonancia con lo moderno. Aquí las gracias y los defectos de una sociedad de inexperta infancia, figuran al lado de las ventajas de una generación adulta; los ánimos son ingenuos, pero los afectos profundos; contrahechas y hasta monstruosas las formas, pero graciosos los conceptos; sumisos y generosos los corazones, mas no por eso ménos fuertes é inflexibles los caracteres; la ignorancia anda confundida con la pedantería y con el talento, y la grosería con las emociones. Ya vagaban en los ánimos las ideas de los tiempos pasados; pero causaban un inquieto temor, como las inspiraciones internas que no hallan medio de manifestarse. De aquí provinieron aquel fondo de melancolía predominante, las habituales imágenes de la muerte, los repetidos temores del fin del mundo, aquellas sublimes locuras, aquellas virtudes nuevas, y los tres hechos culminantes de la época; á saber: la expiación religiosa, la opresión y la resistencia, que al fin triunfó, é hizo que el Oriente se lanzara vigoroso á la conquista de la moderna civilización.

EPOCA NOVENA

Mahoma

Años
después de
J.-C.
622 á 800

Una vasta península del S. O. de la Arabia, poblada por los ismaelitas, sabeos y sarracenos, es el teatro donde Mahoma desenvuelve la acción del más bárbaro y sangriento fanatismo, vencido y humillado á la larga de los siglos por España, cuyo pendón cristiano, lábaro santo de la Edad media, no será nunca suficientemente celebrado por la indiferente Europa.

Mahoma, nacido en la Meca y dedicado al comercio de las carabanas, recorrió la Siria y la Persia, estudió algunas costumbres y creencias de aquellos pueblos, y á la edad de cuarenta años dió principio á la predicación de su doctrina, mezcla bárbara, sensual é informe de judaismo y cristianismo, engalanada con frases y preceptos de todo punto bajos y sensuales, que convidaban á la molición asiática al

logro de repugnantes vicios. Donde no alcanza la persuasión de su sensual doctrina, llega el filo de la sangrienta cimitarra; conquista á sangre y fuego la Arabia, intenta dominar en todo el Oriente, envía embajadores á todos los soberanos de aquellas regiones, y en esta soñada victoria universal, su misma mujer le arrebató la vida por medio del veneno para convencerse de su mortalidad. El *Koran* es el código religioso y político de Mahoma, del cual nos ocuparemos en lugar oportuno.

A la muerte de Mahoma estalla un verdaderísimo cisma entre sus sectarios, y diviéndose en sunnitas y schiitas. Abu-Bekr, Omar, Othman y Alí sucedieron á Mahoma, apoderándose de la Siria y de Damasco, derrotando á Heraclio, conquistando á Jerusalem, venciendo á los persas y preparando sus huestes contra el Occidente. Walid somete el Asia hasta el Indo, y Tarick y Muza invaden la Península Ibérica.

La historia española, velada hasta ahora en los grandes sucesos del imperio de Roma, en las luchas de este con Cartago y en los comienzos de aquella maravillosa monarquía visigoda, se nos ofrece ahora en primer término en la historia del mundo, digna de especialísima mención.

Desde el principio del siglo V al siglo VII, época de Suintila, atraviesa España por las vicisitudes de las conquistas llevadas á término por los primeros reyes godos y por la lenta constitución de la monarquía, del Estado, de la propiedad y de la fusión de razas, hasta que Recaredo I, en el último tercio del siglo VI, se convierte á la fe católica y abjura del arrianismo en el concilio III de Toledo, en 589; concilio, sin duda, el más notable é importante del Occidente en aquellos días, cuyo hecho prepara á las generaciones de España á salvar á Europa del poder del bárbaro y sensual mahometismo.

Suintila, Sisenando, la gran figura del ilustre San Isidoro, arzobispo de Sevilla, Chindasvinto, el *Fuero Juzgo*, Wamba, prodigio de heróico desprendimiento, Ervigio, Egica y don Rodrigo, son los personajes más notables de esta época de la historia de España, que si bien representa la benéfica influencia del sábio ele-